

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
PALMA ALTA, 32 DUPLICADO

15 CÉNTIMOS NÚMERO SUELTO

Nada de cientos ni miles
del fondo de los reptiles.

Más escuelas y canales
que toros y generales.

Las empresas ferroviarias
tendrán censuras diarias.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2,50 pesetas.



PUNTOS DE SUSCRIPCIÓN
EN LAS PRINCIPALES LIBRERÍAS

Más pan y más azadones
que fusiles y cañones.

Abajo las cesantías
de ministros de tres días.

Ve EL QUIJOTE madrileño
todo enemigo pequeño.

A CORRESPONSALES Y VENEDORES
25 Números, 2,50 pesetas.

NÚMERO ATRASADO, 30 CÉNTIMOS

ESTE PERIÓDICO SE COMPRA, PERO NO SE VENDE

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN MADRID...	Un mes..... 1 pesetas.
	» trimestre..... 2,50 »
	» año..... 10 »

FUNDADOR
EDUARDO SOJO

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN	
EN PROVINCIAS.	Un trimestre..... 3 pesetas
	» semestre..... 6 »
	» año..... 12 »

CORREO DE SANCHO

—Bien sabe vuesa merced, señor D. Quijote, que á mí me estorba lo negro; esto es, que no sé leer, y he de necesitar que me lean los papeles y cartas que recibo; así acreditado que tengo condiciones de buen gobernador. Pues esta semana, ¡Dios y María! he recibido montón de cartas de interés, y ruego á vuesa merced me la haga de leérmelas.

—Vengo en ello, Sancho... daca esas cartas.

—Tome vuesa merced; vea esta primera:

—Está firmada un Don Pa-Pando, y es gustosa; pon cuidado:

«A Sancho exgobernador:
Caro amigo: necesito
que me haga usted el favor
de leer bien este escrito.
Todo en Cuba irá muy mal
con el presente sistema;
mandando otro general
se resolverá el problema.
Aquí me quedo esperando
de Weyler la dimisión,
y que me otorguen el mando...
¡Tal es, en fin, la cuestión!
Tu buen amigo Pa-Pando.»

—Enterado; ¿y qué dice esotra?

—Lo mismo; pero el que la firma, echando el resto, da las señas del general que debe el Gobierno mandar á Cuba... y parecen ser las mismas del firmante.

—Los generales son como los médicos...—«Ah, señor,—decía un doctor á un hidalgo.—No es tan recio el mal de vuestra mujer; cuidárala otro médico y pronto estaría sana.—¿Cuál médico, señor?—dijo el hidalgo. El médico, que era flaco y alto, replicó:—Uno que en vez de ayudas la diera sangrías.—Atienda vuesa merced, que eso hace el médico que la cuida.—Así será; pero él es demasiado bajo y demasiado gordo, y por bajo no impone respeto ni inspira confianza... y claro es que con ser gordo bien revela que no se ha molestado mucho en estudiar.» Dejemos esa carta y léame vuesa merced la que sigue, que muchos renglones tiene y ha de ser de sustancia.

—Leo; óyelo:

«Al Sr. D. Sancho Panza;
Mi gustar San Sebastián;
y aún no hice la cobranza
aunque he visto á Tetuán.
Estoy yo muy contentado.
Aquí las gentes son finas...
Mi secretario ha comprado
dos excelentes boinas.»

—¿Qué es todo lo que ahí sigue?...

—Cuentas.

—«Entraré en negociaciones...—
dice.—Que el Gobierno es tonto...
Y espero arreglar muy pronto
nuestras indemnizaciones...»

—¿Cómo firma?

—Gólf...

—Golfo será... Vaya el yankeés enhoramala. Supongo que el general Azcárraga me escribirá diciendo lo que piensa responder al gatera ese... que en los perío-

dicos, según me han dicho, háblase de una carta de Barriguita muy fuerte y enérgica... contra los negociantes esos.

—Pára, Sancho, y no te enojos... Con palabras y amenazas é insultos no se arreglan bien los negocios de honra. Cuando te pidieren cuentas, míralas sossegadamente; suma, resta, multiplica, divide... que el más noble sentido de la inteligencia es el juicio, que va determinando las comparaciones que por la unidad han de establecerse para apreciar las cantidades... y veremos por nuestros ojos qué cantidad de paciencia y de hidalguía es la nuestra, y á qué disminución de la vergüenza han llegado los que quieren explotarnos... ¿Tratan de cuentas ellos? Trátemos por ahora de cuentas.

—Con no pagarlas... si no es justo... que ponga las manos y aun la cabeza que no han de serlo... con no pagarlas... salimos del negocio.

—Es que entonces...

—Entonces ¿qué, Sancho? Ni lo digas... Tenga el Gobierno fiereza, que allá vive un pueblo puntilloso y valiente... ¿No ves, Sancho, qué tímido y adulador viene el comisionista?... Fuera bien censurable que el Gobierno mostrara tal debilidad... tan grande, que el adversario se le subiera á las barbas, y entonces sí que con razón podría temblar hasta el heroico Tejada de Valdosa.

—Otra carta queda.

—Mas es en prosa.

—¿Cuánto sabe vuesa merced! que sabe cuando un escrito es prosa ó es verso con sólo mirarlo...

—Vaya un lance... Sin embargo, prosa es, pero pienso que en él hay demasiada poesía.

«Sancho gracioso:

—«¡Gracias!

»Vengo á España herido: padre vendió su hacienda porque son muchas las cargas á que le obliga la guerra; madre ha enfermado por la pena constante que ha venido pasando desde mi salida de España... Vengo á curarme y reponerme... para volver á la guerra. Consolaré á mis viejos... Siento verlos más pobres que los dejé... ¡Pero qué hemos de hacer!... Dicen que peleamos por la honra de España, y si es así... callar, batirse... y morir si fuere necesario.»

—Eso dice.

—No, Sancho... ¡No hay tal carta! He fingido yo que la había; pero como si la hubiera... Porque esto es lo que sucede... y creo que esto debe obligar á que los gobernantes piensen... ¡Que los hechos pueden más que las palabras, y lo que sucede es lo dicho...! ¡Un pueblo resistente y fuerte y un soldado heroico...!

Por lo demás, las cartas... Ya se dijo ha tiempo: ¡Cartas son cartas!... Es decir, música celestial.

CANTARES DE CANTARES

Anda diciendo tu madre
que yo tengo mala lengua,
y eso que á nadie le digo
lo que hace Juan en Hacienda.

Cuando pases por su vera
no digas nada á Moret,
que anda haciendo propaganda
para subir al poder.

Comparo yo á Canalejas
con el correo de Vélez,

que en cayendo cuatro gotas
se le mojan los papeles.

En Francia dicen mon Dieu,
en Italia gusto chelo,
y aquí decimos ¡justicia!
y damos un susto al miedo.

Cuando yo estaba en prisiones,
de noche me entretenía
en pensar lo que nos cuesta
el ministro de Marina.

Mira que te mira Dios,
mira que te está mirando,
mira que ya la paciencia
del país se va acabando.

Ojos míos, no lloréis,
lágrimas, tened paciencia,
que si el dinero se acaba,
en cambio sigue la guerra.

Veinte años después de muertos
y de gusanos comidos,
recuerdos tendremos todos
del que rige el Municipio.

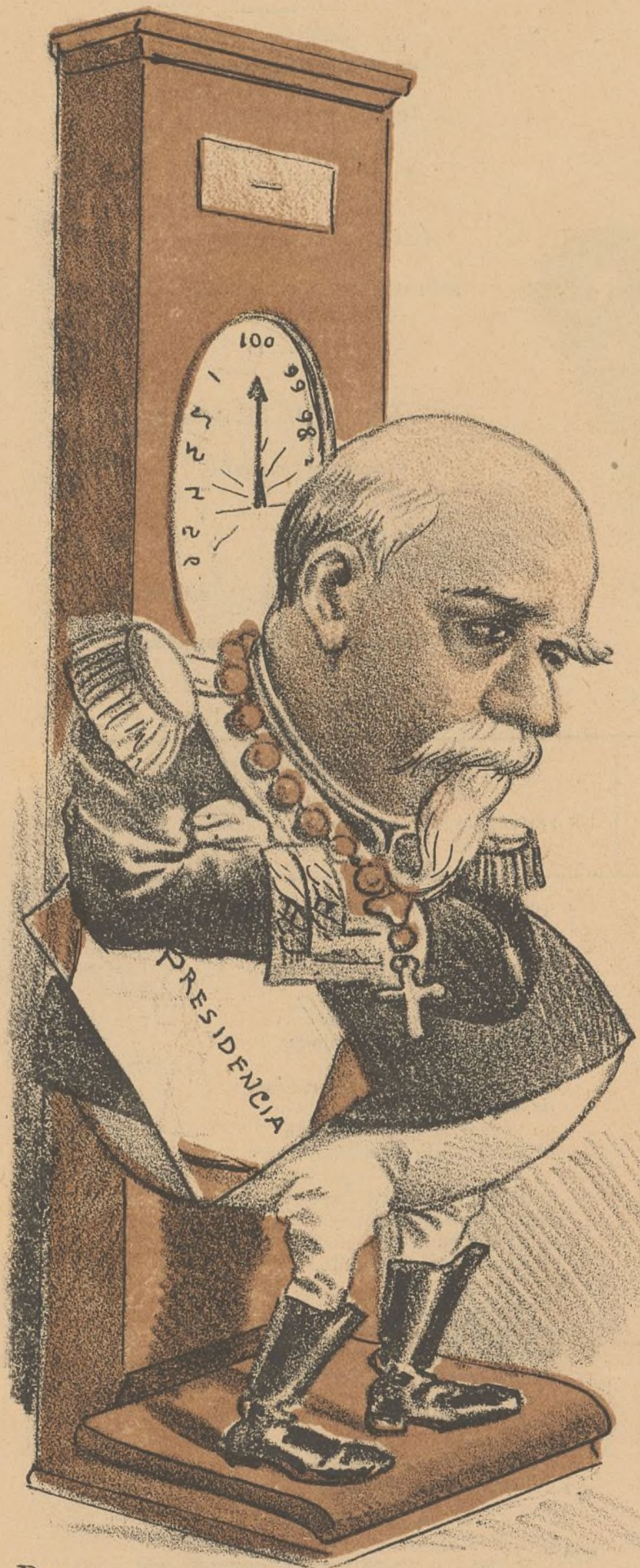
Los carlistas

¿Qué quieren los carlistas? Arrebatarnos la libertad del pensamiento y la conciencia; encerrarnos la razón dentro de las páginas de la Biblia; imponernos á todos, creyentes y no creyentes, el dogma y el culto católicos; sustituir á la voluntad del pueblo la voluntad de un hombre que no se ha distinguido nunca ni por sus virtudes ni por sus talentos, y entregar la nación á las iras de un clero y de un partido animados de ruines pasiones, capaces, muy capaces, de encender de nuevo las hogueras del Santo Oficio. Aborrecen á todos los que hemos abrazado los principios democráticos, y hoy, como el año 1824, aspirarían á nuestro exterminio. En pleno liberalismo, ya por la prensa, ya desde el púlpito, ya por boca de sus prebados, no cesan de atribuir al liberalismo todos los males que á España afligen, y presentarlo como la causa única de nuestra ruina. No saben á donde ir á buscar el modelo de su tradicional monarquía: ya la buscan en la de los Felipes de Austria, ya en la de los Reyes Católicos, ya en la de Recaredo.

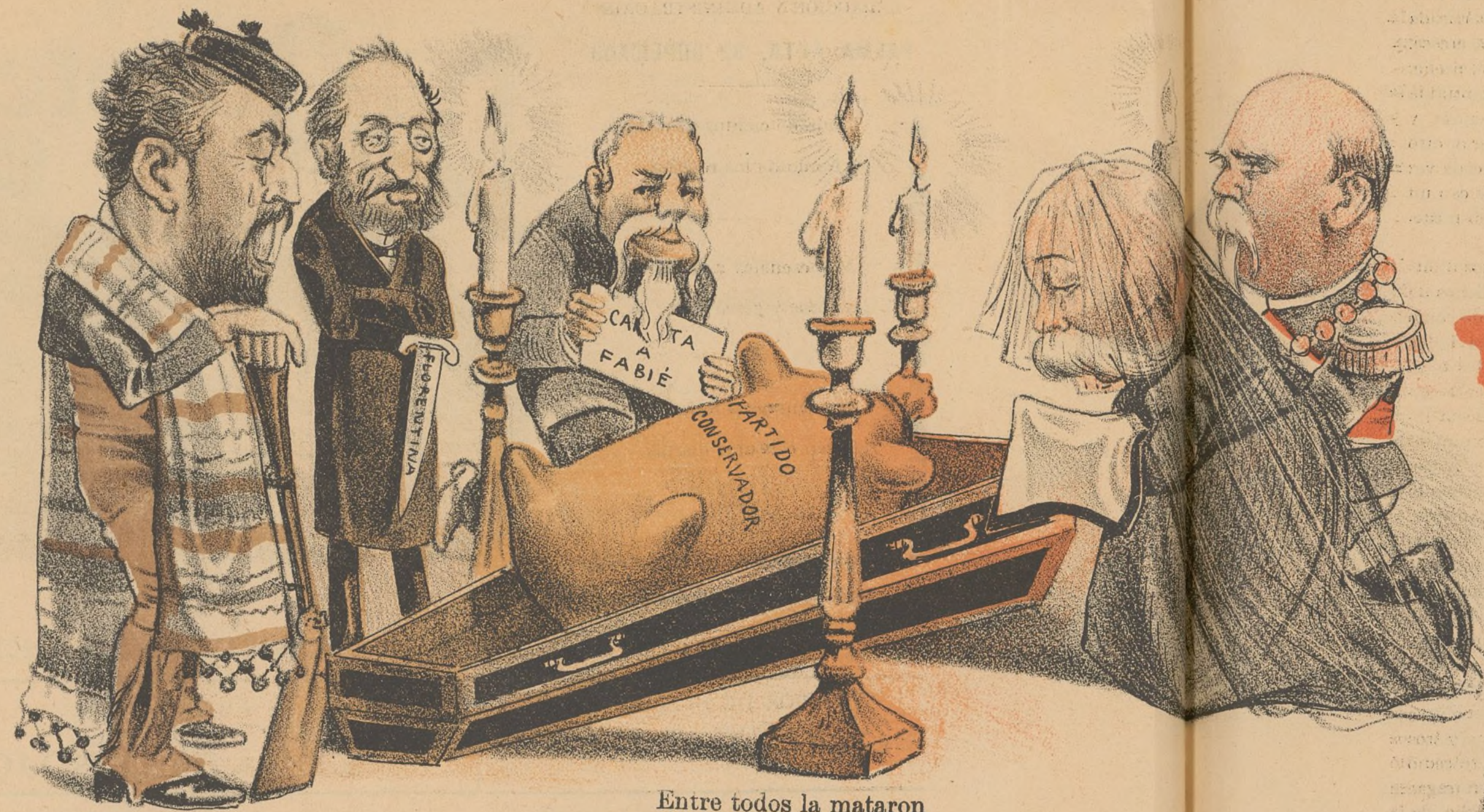
Ese partido ha sustentado ya formidables guerras: una de siete años, otra de cinco, y otras, aunque más cortas, no menos duras. En todas ha demostrado feroces instintos, espíritu de venganza, furor inquisitorial contra sus víctimas. Con sangre ha dejado en todas partes marcada la huella de su planta; ha dado, fuera de combate, muerte á innumerables gentes.

Amenaza hoy ese partido con otra guerra. La prepara á ojos vistos dentro y fuera de España. Lejos de ocultar que la está preparando, hace ya gala de sus fuerzas y de sus probabilidades de triunfo: da como muertas las vigentes instituciones. Hasta como acto de patriotismo nos vende el no haberse alzado aún en armas. Nos habla todos los días de sus bien organizadas legiones, y nos las presenta ansiosas de recibir de su Rey y señor la orden de levantarse.

El Gobierno, sin embargo, no se preocupa ni poco ni mucho con los carlistas. No se inquieta ante el temor de que otra guerra aumente nuestras desventuras,



Decididamente yo soy el hombre de más peso de todo el partido.



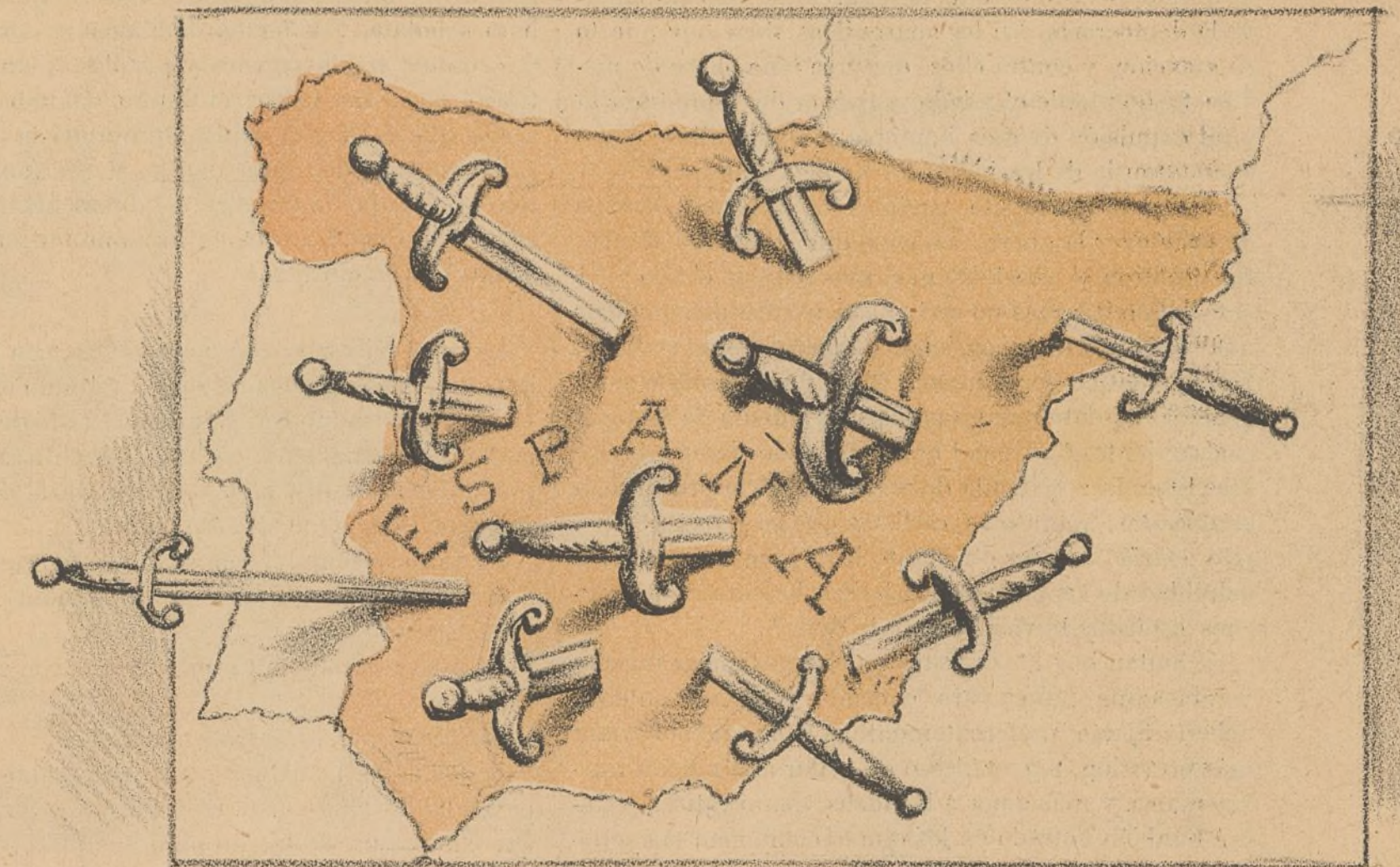
Entre todos la mataron y ella sola se murió.



Cómo le recibe el elemento oficial.



¡Me reventaron!



Espadas son triunfos.



La futura corte de Don Carlos.



¡Mira que te estrujo!

ni ante el peligro de que desaparezcán las conquistas de la democracia. En los anarquistas tiene hoy puesta su atención, y contra ellos discurre toda clase de medios. Si no pierde el miedo, capaz es de reproducir la total expulsión de esos hombres y sus familias, como decretaron la de los judíos los Reyes Católicos.

¿No serán realmente terribles los carlistas? Medios de promover la guerra no cabe dudar que los tienen. No contaron el año 1833, ni el año 1848, ni el año 1871 con el ejército; más no sería nada aventurado suponer que contaran hoy con jefes desleales como en 1860. Había entonces en el mismo Madrid una junta con un general al frente que no perdonaba medio de facilitar el alzamiento. El general había militado siempre en las filas liberales: disponía de recursos que le procuraban aristócratas, ahora más carlistas que en aquel tiempo. ¿No podría suceder otro tanto hoy, que a causa de la debilidad de los partidos dinásticos ha entrado en muchos espíritus la vacilación y la duda?

Se hallan hoy los carlistas en circunstancias más favorables que nunca para encender la guerra; en ellos debería fijarse preferentemente el Gobierno si tuviera más previsión, mayor deseo de evitar a la nación nuevos males, y más amor a las ideas democráticas. ¿Habrá también entrado en los que lo componen la vacilación y la desconfianza? Mucho lo tememos, sobre todo, viendo que lo preside un hombre de quien todo el mundo dice ya que tiene en más el rosario que la espada.

F. PI Y MARGALL.

QUISICOSAS

—Quiero formar una orquesta...
—El pensamiento me gusta, mas chico, dudo que encuentres músicos buenos.

—Se busca un buen profesor que sepa llevar la batuta.

—Escucha: Si los músicos son malos ninguna orquesta resulta, por más que sea muy bueno el que lleve la batuta.

—No me han vuelto a colocar.
—Pero vas muy elegante.
—Es que cuando fui a Ultramar empleado, supe... ahorrar por si quedaba cesante.

Cuentan de un *húsar* que un día muy entusiasmado estaba, porque aquel que le adulaba que era su amigo creía. ¿Habrá otro, entre sí decía, con más amigos que yo? Y cuando el rostro volvió halló el desengaño, viendo que de él se estaban riendo porque ser jefe pensó.

Francia y Rusia se han unido, y al unirse Rusia y Francia, en vez de tragar cerveza tragará quina. Alemania.

VICENTE RUBIO.

LA BARRICADA

(EPISODIO DE 1866)

Aquella noche no durmió la seña Niceta, muy ocupada en preparar cartuchos y vendajes. Antes del amanecer estaba dispuesto todo: paquetes de proyectiles; los fusiles limpios; las hilas y vendas colocadas en un bolsón de cuero. De rato en rato entraba en la taberna un vecino, hablando sigilosamente, más con signos y ademanes que con la lengua. La seña Niceta les indicaba la subida al entresuelo, donde el marido estaba, combinando con su compadre Tomé y otros tres más de los íntimos, el plan ofensivo y defensivo, así como la más acertada fortificación de la calle, que en aquel sitio tenía grande importancia estratégica. La esquina de la p azuela podría guardarse con 10 hombres, ya escogidos entre corambreros y mozos de cordel de las inmediaciones; y de la parte alta, enfilando a la Fuen, tecilla, se encargaría él mismo con el grueso de las huestes. De esta manera quedaban cerrados los dos únicos pasos por donde pudieran correrse las tropas, que vinieran del Norte para auxiliar y unirse a las del Sur.

La seña Niceta dedicóse después a disponer fiambres que pudieran ser comidos a cualquier hora y del más apresurado modo, llenando a la par del buen mosto un enorme pellejo. En la cocina de la taberna se oía el rumor de las fritangas y el roce de platos y cacerolas, con el cuchicheo de los que por allí pasaban para subir al entresuelo; arriba, el Sr. Luis, con las manos cruzadas en la espalda, paseaba lentamente, haciendo rechinar sus gruesos zapatos herrados, los que ya se había

calzado en previsión de que el aviso llegase antes de la hora señalada. Sus feudos hablaban en torno del velador, donde había papeles y pistolas. Lámpara de petróleo, cuya luz velaba el humo del tabaco y el del aceite que del fogón subía, alumbraba la estancia. Un galán apuesto, de negras patillas y cenceño rostro, vestido con traje de pana y sombrero ancho, deslizóse hasta la cocina. Llevaba en la mano un fusil y canana arrollada a la cintura.

La seña Niceta quedóse embobada, con la sartén en la mano, encandilados los ojos y trémulo el aliento. El visitante, rodeando con su mano el talle de la tabernera, besóla tiernamente en ambas mejillas. Ella se desprendió señalando con su bonita mano al entresuelo.

—¡Por Dios! ¿Que está ese arriba!

El mozo se sentó. Tenía su rostro expresión triste, y al oír a Niceta movió la cabeza lentamente.

—¡Siempre ese!

La otra, atizando la lumbre, le dijo con mimo calenturiento:

—Pues, hijito... haber llegado antes.

Y dos hoyos aparecieron en los extremos de su boca, cuyos labios temblaban. Él se levantó y tornó a besarla, quedándose un momento unidos, mudos, mientras en el piso superior se oía el rechinar de las botas del Sr. Luis y la conversación confusa de los conspiradores. Cuando se desasieron, una lágrima brillaba en los ojos de Niceta. Dió un suspiro, se limpió con el delantal y siguió guisando.

—¡Malditos cuartos! Por ellos me casaron con este mameluco... Si no...

Tornó a mirar al mozo tan apasionadamente, que otra vez hubo de repetirse el besuqueo. Luego se quedó él muy serio y parado, con la mano en la frente... De repente, dijo:

—Oye, Niceta.

—¿Qué?

No se atrevía a decirlo. En sus ojos lucía un fuego trágico.

—Mañana... Si le mataran...

Los dos bajaron la vista, sin osar mirarse. Durante un minuto sólo se oyó el hervor del aceite. Marcelo repitió con opaca voz:

—Si le mataran, serías mía...

Niceta no se atrevió a contestarle. Aparentaba estar muy distraída con el menester de los guisos; pero le miraba de reojo, conteniendo apenas la hiposa respiración y las ganas de llorar.

—Pero, no... que no le maten... ¡Paciencia!

Ella no pudo ahora contenerse. Soltó los trebejos, y dejóse caer en los brazos de Marcelo llorando desconsoladamente. El galán la besaba en el pelo, en la boca, en los ojos, pugnando por contener el raudal de lágrimas, o secarlo al menos con el fuego de sus caricias. La otra se dejaba querer, con lánguida zalamería.

—Vamos, nena, formalidad; serénate. A nada conduce tanto lloro y desasosiego. No podemos nada contra las cosas hechas.

Pero Niceta no dejaba de sollozar ni quería separarse de aquel pecho amante, y Marcelo miraba en torno recelosamente. Cesó al fin el llanto, y con blando acento díjole ella en el oído:

—Si... que le maten...

Y se fijaron sus negros ojos en los de él con tan intensa fuerza, llena de un deseo loco de ser suya, mientras le estrechaba contra sí, que Marcelo volvió la cara pálido y convulso. Sin decir una palabra besó en la boca a Niceta, separóse de sus brazos y subió al entresuelo. Era también de los comprometidos y tenía que recibir las últimas instrucciones.

Serían las siete, cuando sonaron clarines en lo alto de la calle. Toda la barricada se conmovió con un mismo movimiento de ira. Tras las últimas casas brillaron algunas bayonetas, oscilando indecisas ante el formidable parapeto de piedra, que parecía inexpugnable. El Sr. Luis distribuyó su gente en los dos extremos, quedándose él en el centro, junto al montón de cartuchos, que haría volar—según había jurado—en el momento que fuesen vencidos.

Niceta, llena también del general brio y entusiasmo, repartía municiones, pullas y donosidades, como siempre audaz, sonrosada y fresca, pero hoy un tanto desasosegada y febril; y miraba de reojo a Marcelo, muy pensativo, sonriéndose tenuemente, con fuego de divinas promesas en los entornados ojos.

Súbitamente sonó una descarga y sobre la barricada pasó silbando un viento de plomo. Niceta rió siniestramente, y en una de sus idas y venidas aproximóse a Marcelo acariciándole una mano. La gente, a una voz del señor Luis, disparó con fiero gesto. Lejos se oyeron gritos. La tropa avanzó diez pasos. Brillaban al sol las bayonetas, rasgando el aire con reflejos de acero líquido, y entre el humo se columbraba el conjunto chillón

de los uniformes, como un remedo de mancha sangrienta. Sonó la segunda descarga... En la barricada cayó un hombre. Niceta, desolada y sin voz, acercóse. Era el propio Marcelo. La herida estaba en el pecho, entre la tercera y cuarta costilla. Con la faz contraída y nervioso ademán, rasgó el paquete de vendas, y procuró contener la sangre, ayudada de la mujer de otro de los combatientes. La pelea se encarnizaba cada vez más, y retumbaban constantemente los tiros con un fragor profundo, como si bajo el piso tronasen misteriosas fuerzas.

Las piedras de la barricada saltaban en trozos diminutos, hiriendo en el rostro a sus defensores, llenos de sudor y sangre, encendidos, rabiosos, respirando como titanes en la atmósfera amarillenta que velaba la luz del sol. Marcelo no hablaba, tenía cerrados los ojos, exangües las mejillas, y de la entreabierta boca se escapaba un hálito sibilante y quejumbroso. Niceta intentó reanimarle... Al cabo de cinco minutos expiró sobre sus rodillas, cuando la barricada parecía de fuego, y en torno llenaba el espacio la crepitación incesante de las descargas. La tabernera, le palpó ansiosamente, y al convencerse de que estaba muerto, lanzó tremendo grito, levantándose airada y medio loca como una aparición entre la cálida humareda. La otra comadre quiso detenerla, y a mordiscos consiguió Niceta desasirse. El Sr. Luis corrió temeroso de que la hubiesen herido, pero antes de que pudiera sujetarla, arrojóse la infeliz sobre el montón de cartuchos incendiándolo con una cerilla... Espantosa detonación, como de montes que se abrieran, vibró en el aire llenándole de humo y trozos de granito, de polvo y sangre... y la tropa retrocedió asustada, creyendo que la tierra se abría para tragarse el sitio de la lucha, borrando así aquel episodio de la historia del rencor humano.

J. MENÉNDEZ AGUSTY.

LANZADAS

Silvela ha hecho ya la 999 declaración política desde la muerte de D. Antonio.

Y dice que el intento de continuar la política de Cánovas sin Cánovas, podría compararse al de querer continuar los caprichos de Goya sin Goya.

No está mal el simil.

¿Verdad, *ustez*, Sr. Romero Robledo?

Para mover el cuerpo y la lengua, nadie como Moret. De Lugo a Madrid, de Madrid a Avila, de Avila a Ciudad Real...

Ese hombre no es un aspirante a jefe de partido.

¡Es un viajante de comercio!

Por fin ha terminado Castellano sus reformas para Filipinas.

Algunos periódicos ministeriales dicen que las tales reformas tienen mucho alcance.

No puede ser, si son de Castellano.

¡Tengo la seguridad de que no darán la talla!

Ahora resulta que la reunión del Romer I no será de amigos políticos del Sr. Romero Robledo, sino de accionistas de una fábrica de azúcar, de la que D. Francisco es copropietario.

Sin embargo, hay quien afirma que en la reunión citada no sólo se tratará de los principios *sacarinos*, sino también de los principios políticos del partido conservador. Como base de los principios de la mesa romerista.

Continúa el proceso incoado por el tribunal eclesiástico contra los dos párrocos de Madrid que asistieron al banquete carlista.

He ahí una comida que puede acabar en cólico *misericordioso*.

Para exponerle los deseos de los salineros, visitaron anteayer al Presidente del Consejo los diputados señores Terry y Auñón.

No puede negarse que esa es una comisión que está en carácter.

Asesorada de Auñón y Terry.

Dos congresos en salazón.

El tiempo que el Sr. Moret permanezca en su posesión de *La Vega*, en la provincia de Ciudad Real, lo dedicará por completo a estudiar la mejora del cultivo de la patata, al que es sabido tiene allí dedicado gran extensión de terreno.

Pues si D. Segismundo logra su propósito, ya verán ustedes qué rollizos van a estar este invierno los comités fusionistas de Madrid.

Silvela y Dato están de cacería en Moraleda, invitados por el marqués de Cubas.

También va con ellos el Sr. Sánchez Toca.

Suponemos que en clase de *perdiguero*.

Libros:

Con el título de *Las grandes ideas* ha publicado el distinguido literato D. Juan de la Presa un nuevo libro, en el que se hallan coleccionados gran número de juicios y opiniones de los más notables escritores respecto al amor, a la política, a la moral, etc.

El libro del Sr. Presa, muy bien editado por la casa de Bailly Baillière é hijos, se halla de venta en todas las librerías al precio de 2 pesetas.

Representante de DON QUIJOTE en Cuba, D. Emilio Adeodati Gómez.

Imprenta de Antonio Marzo, Apodaca, 18.